

No. 5 - Abril - 1955



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

CANCION NOCTURNA

Juan Ramón Jiménez.

¡Allá va el olor
de la rosa!
¡Cógelo en tu sinrazón!
¡Allá va la luz
de la luna!
¡Cógela en tu plenitud!
¡Allá va el cantar
del arroyo!
¡Cógelo en tu libertad!



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

Canción Nocturna	1
A mi primer nieto	2
No es verdad	3
En el fondo del lago	8
El carbonerillo Palermo	10
La casa que Juan construyó	12
Página de los niños	15
El leño	16

ABRIL 1955

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 5

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

¢ 0.20

A MI PRIMER NIETO

La media luna es una cuna,
¿y quién la briza?
y el niño de la media luna,
¿qué sueños riza?

La media luna es una cuna,
¿Y quién la mece?
y el niño de la media luna,
¿para quién crece?

La media luna es una cuna,
va a luna nueva;
y al niño de la media luna,
¿quién me lo lleva?

Miguel de Unamuno.



¡NO ES VERDAD!

Una vez en el desierto de Sahara, nos refirió un japonés el siguiente cuento ruso:

Erase una vez un campesino que tenía tres hijos pequeños. Un día fueron al bosque y se les hizo de noche en el bosque, adonde habían ido por leña; así que, al volver a casa, se perdieron. Después de dar muchas vueltas sin encontrar el camino, se subió uno de ellos, el mayor, a lo alto de un árbol y distinguió allá a lo lejos una luz: la luz de la ventana de una casa. El mayor de los hermanos conoció en seguida la casa; era la casa del viejo Camastrón, un viejo muy roñica y miserable. Se encaminaron hacia ella y cuando llegaron a la casa llamaron. Salió a la puerta un viejo, el viejo Camastrón, y los chicos le dijeron lo que les había pasado.

—Déjanos—dijo el mayor—que pasemos la noche junto al fuego, y mañana nos iremos.

El viejo no quería tener a nadie en su casa; pero no se atrevía a decirles que no, porque luego dirían las gentes que

había dejado en el bosque y con el frío a tres criaturitas como aquellas. Así que fue y les dijo:

—Os dejaré que paséis la noche aquí, junto a los leños del hogar, si me contáis un cuento nunca oído y nunca visto; un cuento maravilloso, que no se parezca a nada y que no se le pueda ocurrir a nadie en este mundo.

El mayor de los hermanos se quedó un momento pensativo al oír aquella salida del viejo. De sobra comprendió que el viejo le ponía aquella condición como pretexto para no darles asilo, porque esperaba que al muchacho no se le podría ocurrir un cuento semejante, y no tendría, por tanto, que ofrecerles la casa para que pasaran la noche. El chico, sin embargo, le contestó:

—Sí, conformes; yo te contaré ese cuento. Será un cuento nunca visto, un cuento en el que pase lo que nadie se puede figurar. Tú mismo habrás de decir: «Eso no es posible..., no es verdad... Eso que estás contando no es verdad...» Tan extraordinario será el cuento. Pero oye: si yo te cuento el cuento y lo acabo sin que tú digas: «¡No es verdad!» Eso es mentira... ¡Eso no puede haber pasado... ¡«No es verdad!», si tú no dices eso, me darás cincuenta palos; pero si tú me lo dices, tendré que dártelos yo a ti. ¿Te conviene?

—Me conviene—dijo el viejo—. Puedes empezar cuando quieras.

Y el mozo se puso a contar el cuento:

—Mi padre y mi madre tuvieron tres hijos con tres piernas, y yo tenía un caballo con tres patas y media. Un día monté en el caballo y me fuí al fondo del mar. Allí corté leña y la puse a secar. Cuando ya estuvo bien seca, la cargué en el caballo y quise volverme a casa. El hacha que llevaba colgando de la silla le iba dando al caballo conforme andaba, y resultó que a fuerza de darle golpes fue el hacha cortando el caballo, hasta que lo cortó por la mitad. Entonces yo, ¿qué hice? En una mitad del caballo me puse yo y en la otra mitad cargué la leña.

—Ve a casa y lleva la leña—le dije a la mitad del caballo que tenía la carga. Y a la otra mitad le dije: ¡Arre! Vamos a correr por el mundo.

El caballo se fue por los aires cantando mientras volaba y fuma que te fuma su pipa.

Tres días anduve en la mitad de mi caballo, cuando, de pronto, me encontré con la otra mitad, los cuartos traseros del caballo, que había yo mandado a casa con la carga de leña, y que ahora estaba allí en medio de un prado pastando tranquilamente. Entonces volví a juntarlo con la otra mitad. Cosí una mitad con la otra, con una aguja, y seguí andando.

Fui después con mis hermanos al país donde los ríos corren contra la corriente y donde algunas veces se suben a los árboles.

Vamos a ver—dije yo a los primeros hombres de aquel país que me encontré en mi camino—, ¿qué hay aquí más caro y qué hay más barato?

—Las moscas son baratas y los bueyes son caros; pero allí, en la tierra azul, detrás del mar azul, las vacas y los bueyes se venden por cualquier cosa y, en cambio, las moscas se pagan a precio de oro.

Yo entonces ya supe que hacer: cazar moscas para luego ir y venderlas allí en el otro lado, en la costa azul de allá.

Nosotros nos pusimos a cazar moscas, y cuando tuvimos un buen saco nos preparamos para ir a la tierra azul. Pero ¿cómo pasar el mar? Nosotros habíamos estado muchas veces andando por el fondo del mar siete y ocho días; pero andar más de una semana por el fondo del mar cansa mucho, y para llegar a la tierra azul hacía falta estar andando más de quince días. Mis hermanos estaban muy afligidos porque no podían ir al país azul; pero yo me monté en el saco de las moscas, echaron todas a volar y me llevaron al otro lado en menos que se cuenta. Una vez allí cambié el saco de moscas por un rebaño de vacas.

Entonces apareció otra dificultad: para llevarse las vacas al otro lado haría falta un barco, y si alquilaba un barco iba a gastar en el alquiler el dinero que pudiera ganar vendiendo las vacas luego. Si me echo a nadar—pensé yo—, el rebaño se irá al fondo del mar, y si hago el camino a pie, por el fondo, las vacas no van a saber andar como por esta tierra y se van a quedar a lo mejor por el camino.

El viejo de las barbas grises dejaba hablar al mozo y le escuchaba, acariciándose de cuando en cuando la barba tranquilamente, sin decir palabra.

El mozo siguió diciendo el cuento con la misma tranquilidad que el viejo.

—Entonces—siguió el mozo—se me ocurrió una cosa: cogí una vaca por la cola, y, dándole vueltas en el aire con todas mis fuerzas, la tiré hacia la otra orilla. Dió dos vueltas en el aire y cayó justamente en el sitio de la orilla donde mis hermanos esperaban. Así fuí pasando el rebaño todo. Sólo me quedaba un buey. Con ese buey hice lo mismo que con las otras reses: le dí vueltas y vueltas para tirarle al aire con fuerza: pero, en vez de soltarle, seguí agarrado a la cola y, como llevaba tanta fuerza, me llevó a mí también.

Ahora que sucedió una cosa entonces con la que yo no contaba. Llevaba el buey tanta fuerza y fuimos por los aires tan arriba, tan alto, que entramos en las nubes. Allí vi que la gente iba descalza, y se me ocurrió dedicarme a zapatero. No tenía más que bajar por las vacas, quitarles la piel y subir allí otra vez con las pieles ya curtidas.

Pero ¿cómo subir y bajar? Entonces se me ocurrió una cosa: con la piel del buey que me quedaba hice correas muy largas, que até unas a otras. Las colgué de una nube y me bajé escurriéndome por ellas. Faltaban ya solamente dos o tres kilómetros para llegar al suelo, cuando ví que un ratón que había bajado de la luna por la correa la estaba royendo, royendo.

Tanto royó el ratón, que se rompió la correa; caí entonces a un charco. Había mucho fango y me quedé ahí sin poder salir, atascado, con sólo la cabeza fuera del barro del charco. Una zorra vino volando por los aires y puso el nido encima de mi cabeza.

Entonces vino un lobo a quererse comer a la zorra, y la zorra echó a volar; pero yo aproveché aquel momento para agarrarme de la cola y, al echar a volar, tiró de mí, sacándome del barro. Cuando ya estaba fuera del barro tiré más de la cola y se la arranqué. La zorra siguió volando y yo me quedé con la cola entre los dientes. Dentro de la cola había un para-

guas; lo abrí y me sirvió de paracaídas para bajar a la tierra sin hacerme daño.

Caí al pie de una montaña que era tan alta, tan alta, que no se veía el final; en mitad de la montaña estaba el dragón *Traganiños* dejando que el *Pez Tijera* le cortase los pelos de las barbas. En cuanto el dragón me vió, se preparó para tirarse sobre mí y tragarme. Pero yo entonces me monté en un saltamontes y, de un brinco, saltamos el monte, cayendo a dos metros de aquí, al pie de una encina. Partí una nuez; había dentro una caja y en la caja un papel que decía:

«—Haz lo que está escrito por la otra cara del papel y verás como el viejo Camastrón te da la mitad del dinero que tiene guardado en sus arcas, porque ese dinero no es suyo».

—Eso es mentira, ¡mentira!—gritó furioso el viejo Camastrón.

Pero el pequeño le dijo:

—¿Cómo que es mentira? Es verdad y muy verdad...

—No es verdad, no, señor...

—¿Qué no es verdad?

—No es verdad.

—Pues entonces, ¡he ganado!—dijo el chico—. Te he ganado la apuesta. Prepara las costillas. Si es mentira, he ganado la apuesta y tengo derecho a darte los cien palos que me ibas a dar tú y a que pasemos la noche junto al fuego.

El viejo Camastrón le dió la mitad de aquel dinero con tal de que no le diera los cien palos, y el mozo y sus hermanos compraron con aquel dinero más tierras y pudieron en adelante ser ricos y felices.

Y colorín, colirón,
el cuento de Camastrón,
roñica, ruin y bribón,
y del listo pequeñín
llegó, por fin, a su fin,
y se fueron a Chinchón
haciendo chin chin, chin chin,
y haciendo tolón, tolón.

Manuel Abril.



EN EL FONDO DEL LAGO...

Diego Doublé Urrutia

Soñé que era muy niño... que estaba en la cocina. escuchando los cuentos de la vieja Paulina. Nada había cambiado: el candil en el muro, el brasero en el suelo, y en un rincón oscuro, el gato dormitando. La noche estaba fría y el tiempo tan revuelto que la casa crujía. Se escuchaba a lo lejos ese rumor de pena que sollozan las olas al morir en la arena, y a intervalos más largos, esos vagos aullidos con que piden auxilio los vapores perdidos. Nosotros, los chiquillos, oíamos el cuento sentados junto al fuego: y como entrara el viento,

por unos vidrios rotos, su frente medio cana
la vieja se cubría con su chalón de lana.

¡Era un cuento muy bello!... Tres príncipes hermanos
que se fueron por mares y países lejanos
tras la bella princesa, que la mano de un hada
en el fondo de un lago mantenía encantada.
El mayor, que fue al Norte, no regresó con vida.
El otro, que era un loco, pereció en la partida.
Y el menor, que era un ángel, por lo adorable y bello,
llegó al fondo del lago, sin perder un cabello.
Allá abajo, en el fondo, vio paisajes divinos;
y en un palacio inmenso, de infinita belleza,
encerrada y llorando, vio a la pobre princesa.
Se encontraron sus ojos... se adoraron al punto.
Lo demás, fue cosa de poquísimo asunto;
pues al verlos tan bellos como el Sol y la Aurora,
el hada, que era buena, los casó sin demora.

Así acabó la historia de aquella noche... El gato
se despertó gruñendo, desperezóse un rato
y se durmió de nuevo. Zumbó la ventolina
en el cañón ya frío de la vieja cocina...
Se levantó un chicuelo, y sin hacer ruido
enhollinó la cara de otro niño dormido.
Yo... me quedé soñando con el príncipe amado
por la bella princesa... Con el lago encantado,
y también... con los tristes y apartados desiertos
donde duermen los huesos de los príncipes muertos.



EL CARBONERILLO PALERMO

Era tosco y feote el chiquillo de Palos, con unos claros ojos de fija redondez. Guardaba el carbón en el monte y lo traía al pueblo en una vieja, digo, entre una burra vieja y él. No se montaba nunca en la burra cargada con los sacos; la ayudaba con cuidado de niño.

La burra era para él, la compañera de lo más largo de su vida, burra madre, burra hermana, burra amiga. En el campo solo, la burra era su espejo y su eco, lo era todo para él. Le llenaba el monte de vida tibia. Y con ella no se sentía vacío de cuerpo ni de alma por los arenales perdidos.

Aquel invierno la burra cayó mala. El carbonerillo, concentrado su amor, hacía todo lo posible

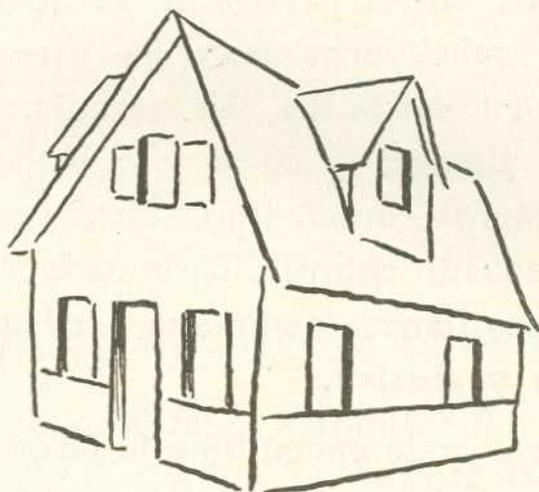
por comprenderla, por adivinar qué tenía, para sanarla. Horas largas, inmensas horas de angustia inexplicable en el monte. Viento en las copas de los pinos, pajarillos ajenos, horizontes más lejanos. Cuando la burra se echó y él no podía moverla, ideó cuidarla, entretenerla a su manera. La rodeó de paja, le traía yerba seca, le ofrecía su pan con aceite, su sardinilla, su naranja. Se pintaba la cara con almagra y cisco y le bailaba así unos raros simulacros, unos mojigangas extravagantes; le contaba echado contra ella, unos largos cuentos, le cantaba sevillanas, peteneras, malagueñas, con letra propia y alusiva.

Sintió frío y le encendió a la burra una buena candelada y se la mantuvo, hora tras hora, hasta que la burra se murió.

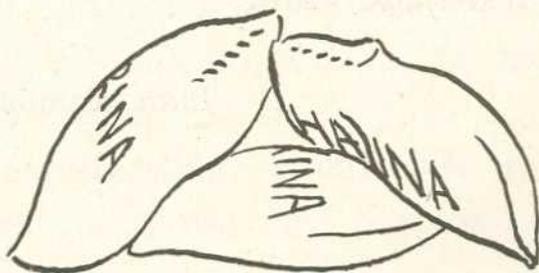
“Pero la burra se murió contenta”, decía, con su lagrimón sucio, temblándole. Contenta la burra comprendida y amada del niño contento; el triste, el humilde trabajadorcillo.

Juan Ramón Jiménez.

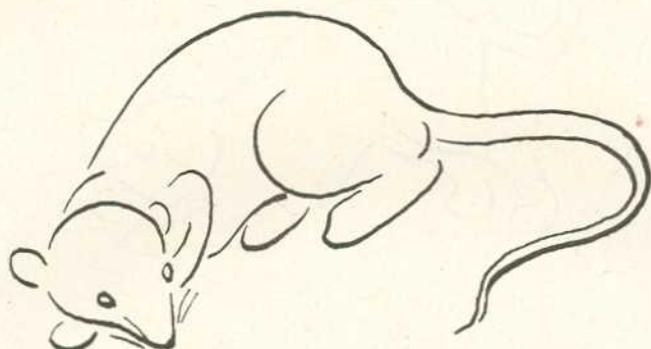
LA CASA QUE JUAN CONSTRUYÓ



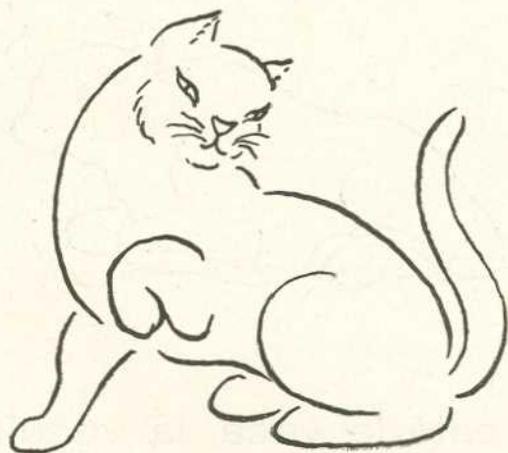
Esta es la casa que Juan construyó



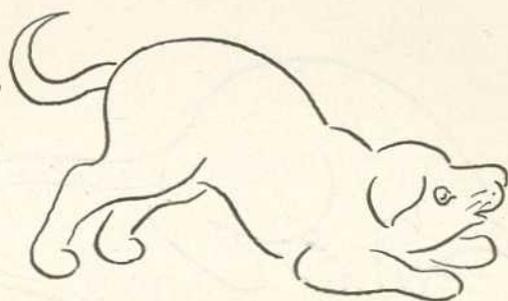
Aquí está la harina que estaba en la casa que Juan construyó.



Aquí está la rata que robó la harina que estaba en la casa que Juan construyó.



Aquí está el gatito que cazó la rata que robó la harina que estaba en la casa que Juan construyó.

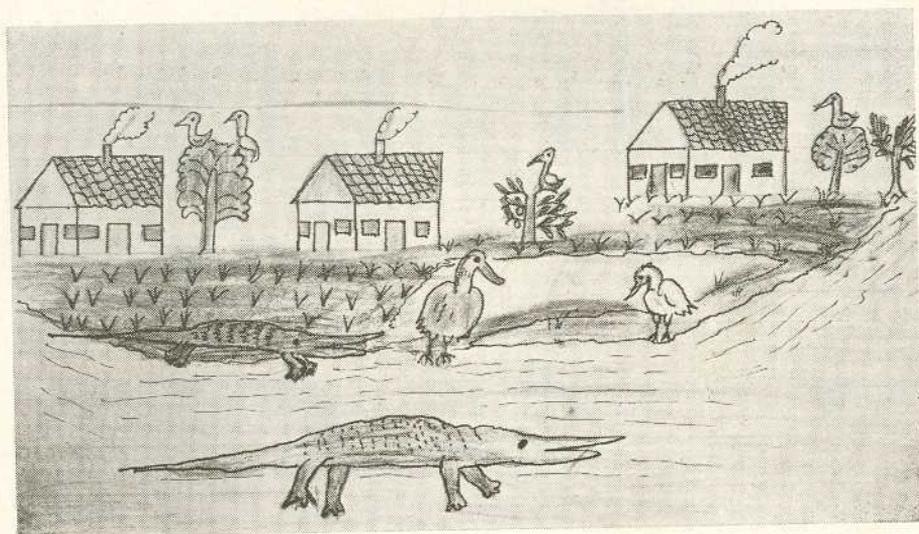


Aquí está el perrillo que hizo huir al gato que cazó la rata que robó la harina que estaba en la casa que Juan construyó.



Aquí está la vaca, la vaquita mora que embistió al perrillo que hizo huir al gato que cazó la rata que robó la harina que estaba en la casa que Juan construyó.

(Continuará en el próximo número).



RIO ABANGARES

¡Cuánto desde esta tierra espartana te recuerdo río Abangares!

El es camino a Guanacaste y sus murmullos han reflejado en mi alma de niño.

Ansío las vacaciones para contemplar tus riberas en un atardecer en que revolotean aves; en la orilla lagartos y bandadas de garzas que vienen a posarse en los corpulentos árbo'es dándoles aspecto de altar de verde y blanco.

Rafael Bogarín Peña. 9 años
Escuela Arturo Torres. Esparta



EL LEÑO

Era una triste cosa el leño carcomido;
era una triste cosa en un rincón.
Nadie al verlo pensara que aquel tronco roído
vivió y abrió en el campo, como un dosel florido,
su flexible y graciosa ramazón.

Una mujer, el tronco que olvidado yacía
descubrió, lo echó al fuego, lo hizo arder.
Y él nunca, como entonces, sintió tanta alegría,
porque mientras la llama fatal lo consumía
soñó que al fin a florecer volvía
y que de luz era este florecer.

Magallanes Moure.